

LOS RETORCIDOS CAMINOS DE LA JUSTICIA

NO deja de ser sorprendente la serie de repercusiones que el caso Watergate ha tenido en la sociedad norteamericana. Por ejemplo, en los Tribunales: Repentinamente, asuntos embarazosos que habían sido enterrados oficialmente han vuelto a dar señales de vida, y los que creían que iban a gozar de inmunidad durante el reinado de Richard M. Nixon, han descubierto que el clima de la nación se ha vuelto en contra suya. La última de estas incómodas reapariciones ha sido el llamado «incidente de Kent».

Cuatro muertos

Cuatro años después de los hechos, un Jurado ha estimado que existe base suficiente para encausar a ocho miembros de la Guardia Nacional, acusados de disparar contra una manifestación de estudiantes y causar la muerte a cuatro de ellos y heridas a otros nueve. Sin embargo, no se va a procesar a sus superiores, el general de División Sylvester del Corso y el «brigadier» Robert Canterbury, ambos retirados. También se ha librado el entonces gobernador de Ohio, James A. Rhodes, un político oportunista que decidió demostrar en la Universidad de Kent su apoyo a «la ley y el orden» cuando se acercaban las elecciones y las encuestas le eran desfavorables.

Otros nombres brillan por su ausencia: así, un tal Terry Norman, fotógrafo y espía por cuenta del FBI, que fue visto esgrimiendo un revólver detrás de la tropa y que afirmaba orgullosamente haber disparado. El es uno de los varios informadores y provocadores que trabajaban para agencias gubernamentales y que desaparecieron de la Universidad después de los sucesos del 4 de mayo de 1970. Tampoco se ha aclarado quién disparó la pistola de Fred Haas, un miembro de la Guardia Nacional que estaba lejos del «campus» en el momento trágico.

A pesar del abundante material gráfico, lo ocurrido aquel día tiene un aire de irrealidad. La Guardia Nacional se presentó en la Universidad para disolver una manifestación no autorizada contra la invasión de Camboya. Las tropas lanzaron granadas de gases y avanzaron contra los 2.000 estudiantes, algunos de los cuales respondieron con piedras. Una vez agotadas las granadas, un oficial ordenó volver a las posiciones anteriores. Los soldados retrocedían, cuando un grupo de unos treinta dieron la vuelta y se enfrentaron a los manifestantes en

Entre las muchas repercusiones del Watergate se encuentra ahora la reaparición —cuatro años después— del «incidente de Kent».

una maniobra precisa y casi simultánea. Unos arrodillados y otros de pie, apuntaron a los estudiantes, que estaban a unos metros y creían que les intentaban amedrentar con balas de salva. La descarga sólo duró trece segundos, pero era el «climax» de seis años de confrontaciones violentas en las Universidades americanas.

Cien mil manifestantes

Los torpes intentos de ocultar lo sucedido no evitaron la indignada reacción. Cuatrocientas diez Universidades cerraron tras disturbios en todos los grados. Washington fue invadido por más de cien mil manifestantes. En Nueva York,

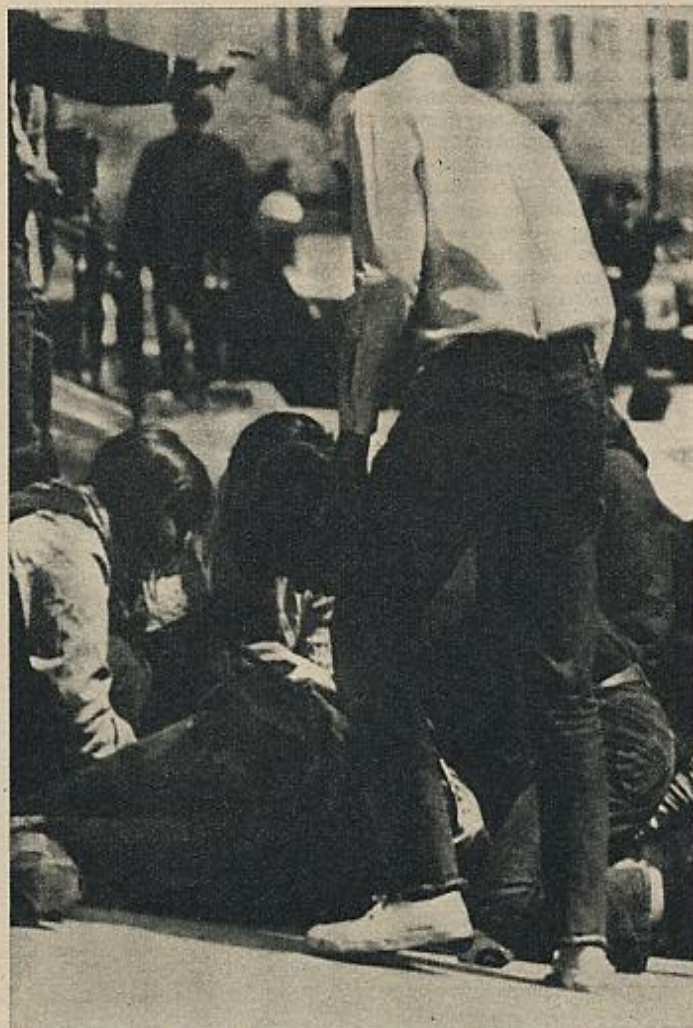
obreros de la construcción, con cascos y palos, y guiados por policías, atacaban a grupos de estudiantes en contra de la guerra. Policías de Jackson (Mississippi) disparaban fríamente contra estudiantes negros, matando a dos. La Bolsa se hundía hasta los niveles más bajos desde el asesinato de John F. Kennedy y se empezaba a hablar del «mayo americano» (TRIUNFO, núm. 415).

Y mientras, en Kent, las autoridades comenzaban su campaña de justificación de la matanza. Primero, los «media» se hicieron eco de todo tipo de rumores propagados por la Guardia Nacional: «Nuestras vidas estaban en peligro» (pero sólo un soldado tuvo que ser atendido por una pedrada); «Se ha identificado a un tirador que nos disparaba desde un tejado (pero nadie pudo pronunciar el nombre del fantasmal francotirador); «Debajo del cuerpo de un estudiante se ha encontrado una pistola» (lástima que las fotografías demostraran que el «descubridor» no llegó a acercarse a los muertos).

Por otra parte, la mayoría silenciosa quería conocer una Verdad sobre el asunto que tranquilizara conciencias y temores. Entra en acción el «Reader's Digest», que envió a la ciudad a James A. Michener, Premio Pulitzer y novelista, junto con un equipo de periodistas. Para los que no pudieron leer el libro resultante (que contó con la colaboración oficial y cuya portada ostentaba el escudo de la Universidad) o la condensación publicada por la revista, baste con saber que Michener califica los asesinatos de «accidente», advierte que sería «un grave error» llevar ante los Tribunales a los responsables y declara que los verdaderos culpables son los «revolucionarios», que aspiran a dividir a la nación. Sus páginas abundan en falsedades, datos escamoteados y pura imaginación: por ejemplo, habla de «una casa en Ash Street» que era un cubil de agitadores, añadiendo a renglón seguido que «aunque no existe tal calle en Kent, la casa no es imaginaria». Millones de lectores del «Reader's Digest» debieron respirar tranquilos ante evidencia tan irrefutable de la existencia de una conspiración revolucionaria.

Los padres no aceptaron

En este clima, las conclusiones del Jurado local que investigó el asunto no fueron sorprendentes: la Guardia Nacional y sus jefes no sólo fueron exonerados de toda culpa, sino que incluso se les felicitó por su firme actuación; en cambio,



En los incidentes de Kent de 1970, cuatro estudiantes resultaron muertos, y otros nueve, heridos.



Cuatro años después de los sucesos de Kent, un Jurado ha estimado que existe base suficiente para encausar a ocho miembros de la Guardia Nacional, acusados de disparar contra una manifestación de estudiantes. En la foto, la Guardia Nacional forma línea en el centro de la foto. Al fondo, los estudiantes, poco después de que se produjeran los disparos.

24 estudiantes y un profesor fueron procesados como instigadores de la agitación de la Universidad.

Los padres de los estudiantes asesinados no aceptaron este final. En 1971 dirigieron peticiones al Departamento de Justicia para que se convocara un Gran Jurado Federal. Tres meses más tarde, John Mitchell, fiscal general, se negaba, alegando que no había «posibilidades de éxito en un proceso contra los guardias». Al año siguiente se reiteró la petición, y fue un ayudante del Presidente el encargado de notificar la nueva negativa. En 1973, la tercera petición recibía una agría respuesta del Departamento, haciendo notar que el posible juicio sólo daría por resultado «la absolución de los encartados». Todo esto a pesar de que la versión oficial estaba ya desacreditada por la difusión del informe del FBI y los libros de I. F. Stone («The killings at Kent State») y Peter Davies («The truth about Kent State»).

Poco después, las primeras salpicaduras de Watergate llegaban al Departamento de Justicia, forzando la dimisión de su responsable, Richard Kleindienst. Elliot Richardson, su sustituto, ordenó en agosto la reapertura del caso Kent. Pero antes de que el estudio se completara, Richardson también se



Archibald Cox, fiscal especial del Watergate, al que destituyó Nixon.

marchaba, tras negarse a obedecer las órdenes de Nixon para despedir a Archibald Cox, el «Indisciplinado» fiscal especial del Watergate.

Sin embargo, en la Sección de Derechos Civiles quedaba un joven protegido de Richardson, J. Stanley Pottinger, que comprendió que la investigación sería interrumpida por el nuevo fiscal general designado por Nixon: William B. Saxbe,

senador de Ohio y amigo personal del ex gobernador y los militares envueltos en el episodio. Para evitarlo, y antes de que su futuro jefe tomara posesión, Pottinger ordenó la formación de un Gran Jurado Federal, cuyo resultado ha sido el auto de acusación contra los ocho guardias.

Se comenta en Washington que la formación de este Gran Jurado estuvo vetada durante los años de Mitchell y Kleindienst por orden expresa del Presidente y que es otro caso de obstrucción de la justicia susceptible de añadirse a la lista de cargos para su «impeachment». En Kent, nadie confía en que el próximo juicio desvele exactamente lo que pasó y que los culpables sean castigados.

Y al final, la matanza de Kent quedará en la historia americana como el momento en que la clase media blanca descubrió con horror que el sistema podía llegar a tratar a sus hijos con los mismos métodos anteriormente reservados para aplacar a los negros. La guerra llegaba a las confortables casas de los suburbios, pero aún con algunas diferencias: Es interesante recordar que una semana después de los sucesos de Kent estallaron disturbios en Augusta (Georgia) como protesta por la muerte de un joven negro de dieciséis años en



John Mitchell, ex ministro de Justicia.

la cárcel local, víctima de una paliza. En las horas siguientes, la Policía mató a cinco negros alegando que intentaron atacarlos. Días después, el forense anunció que todos fueron disparados por la espalda. Detalles insignificantes. Los muertos negros de Georgia nunca llegaron a tener la ilusión de justicia concedida ahora a los muertos blancos de Ohio. ■ DIEGO A. MARIQUE.